

# Buber, el oyente de Dios

El Dios viviente no sólo es un  
Dios que se revela, sino un Dios  
que también se oculta.

**Martin Buber**

## Diálogo y monólogo

**N**o es lo mismo hablar de una experiencia dialógica, que hablar desde una experiencia dialógica. Las preposiciones que distinguen ambas oraciones señalan posturas espirituales distintas. Si hablo de una experiencia dialógica, hablo de un tema. Si, en cambio, hablo desde una experiencia dialógica dejo de ser el expositor de un tema, el mediador entre un fenómeno y su sentido, para pasar a ser la expresión viva de ese fenómeno: su manifestación.

En un caso soy espectador. En otro, protagonista.

En mi condición de expositor, seré, pues, espectador de una experiencia dialógica. ¿Por qué? Porque he resuelto hablar de esa experiencia. Porque he tomado la decisión de pronunciarme acerca de esa experiencia.

Quien, en cambio, protagoniza una experiencia dialógica no toma nunca la determinación de hacerlo. Es, inversamente, llamado hacia ella. Llamado con independencia de su voluntad: convocado.

El protagonista puede impulsar o refrenar su inmersión plena en esa experiencia. Puede dilatarla o restringirla: hacerla crecer o sofocarla. Pero no puede producirla.

Todo lo contrario ocurre con estas páginas, que han sido creadas por mí. Aquí se describe la experiencia dialógica de Martín Buber. Esta descripción es fruto de mi voluntad interpretativa. Es mi obra.

Entre la experiencia dialógica aludida y la alusión propiamente dicha se abre una distancia. Esa distancia separa la búsqueda del encuentro y distingue la vivencia de la sola intelección. En consecuencia, el mío no será un lenguaje cargado de fervor dialógico, sino un lenguaje empeñado en pronunciarse a propósito del fervor dialógico que entraña el lenguaje de otro. El mío, en suma, será un metalenguaje.

El diálogo es, para Buber, una experiencia compartida esencialmente. Dialógico es el encuentro que configura como interlocutores a quienes toman parte en él. Diálogo es la experiencia que conforma a quienes la viven.

Hay que repetirlo: me muevo sobre otro terreno, Buber está ante mí. No está conmigo. Puesto que al dirigirme hacia él no pretendo sino describirlo, Buber no necesita concretar el contacto que le propongo para llegar a ser un sujeto dialógico. Puedo, pues, prescindir de su acatamiento para alcanzarlo como tema. No está en juego una voluntad mutua, un anhelo recíproco, sino un interés unilateral. Él y yo somos ya, respectivamente, uno y otro antes del contacto.

Lo que tendrá lugar no es, entonces, un encuentro entre seres que dialogan. Más bien será un pronunciamiento mío sobre la experiencia dialógica vivida por otro. Será una exposición. Será un monólogo.

Lo que diga resultará, quizá, persuasivo. Pero no será revelador. Podrá parecer sugestivo, aleccionador, claro. Pero nunca decisivo, en el sentido que este calificativo adquiere en el seno de la ontología buberiana.

Al no pronunciarme desde donde Buber lo hizo podré, en el mejor de los casos, comprender de qué habló el pensador judío. Pero no sabré con quién habló; porque para comprender con quién habló es indispensable que el diálogo protagonizado por Martín Buber y su interlocutor comprometa también mi *ser entero*.

El *quién* del diálogo buberiano es, en última instancia, Dios. Con Dios se puede dialogar pero de El nada se puede decir, nada se puede predicar.

Para saber que Dios me habla es indispensable sentirme ganado por una disposición espiritual ciertamente distinta de la que me embarga habitualmente.

La experiencia religiosa, para el autor de *Yo y Tú*, es la experiencia de la fe. «La fe —escribe en *El eclipse de Dios*— no es un sentimiento aposentado en el alma del hombre, sino un adentramiento en la realidad, sin reducciones ni cortapisas.» Se trata, pues, de una relación, de un encuentro cuyo núcleo es «el diálogo entre Dios y el hombre —la divina voz hablando en lo que acontece al hombre y el hombre respondiendo en lo que hace o deja de hacer». Dios es, en esta relación, el Ser en *el cual se cree*, «el Ser absoluto, incondicionalmente afirmado».

La experiencia religiosa puede, en consecuencia, describirse como diálogo del hombre, en el seno de la fe, con dicho Ser absoluto. Porque el encuentro con Dios se produce en el seno del que puede decir Buber que él es «incondicionalmente afirmado».

La experiencia religiosa es aquélla que sobreviene como irrupción del «misterio esencial, cuya inescrutabilidad forma parte de su misma naturaleza; se trata de lo incognoscible». Pero no de lo incognoscible en cuanto «misterio relativo de lo inaccesible sólo al estado actual del conocimiento humano y, por eso mismo, descubrirle», sino de lo substancialmente imponderable para el hombre en aquel sentido que le hizo decir a Sören Kierkegaard en su *Diario Íntimo*: «Dios no es una idea que se prueba, sino un ser en relación con quien se vive».

Hoy, en el mejor de los casos, estoy predispuesto a entablar con Buber un contacto estrictamente intelectual. Hoy no puedo ir más allá. Sé, al menos, que al delimitar

el espacio vital de nuestro encuentro circunscribe, a la vez, el alcance de nuestra relación. Más allá de lo que decido hacer está lo que me sería posible hacer.

## Sujetos y objetos

Buber, acentuémoslo otra vez, será objeto de una exposición. Yo, el sujeto responsable por el cumplimiento de esa exposición. La relación, como se advierte, será entre sujeto y objeto.

Para Martín Buber no hay diálogo posible entre sujeto y objeto. Ambos, asegura el pensador, se constituyen siempre con antelación a su encuentro. Sujeto y objeto coinciden en un punto del espacio pero no se configuran como tales en ese punto. Llegan a él conformados, hechos. Son, en sí, totalidades cuya integridad no depende del encuentro con el otro. El otro es siempre una ratificación de lo que cada uno ya era y de lo que ya se sabía que era.

Habrà, pues, entre Buber-objeto y Yo-sujeto un enfrentamiento. Vale decir, un ca-reo, que es también una lucha. Entre sujeto y objeto —advier-te Buber— la relación es siempre combativa. El primero sólo quiere arrebat- ar al segundo su esencia: se empeña en arrancársela. Sabe que el objeto no se la entregará espontáneamente. Que el objeto yace retraído sobre sí; que le está vedada la espontaneidad. Sabe que él mismo, como sujeto, no puede aspirar a la obtención de esa esencia mediante la gracia de la entrega voluntaria. Ambos —sujeto y objeto— están cerrados. El sujeto acosa al objeto. Lo acorrala, trata de encontrar el medio de penetrarlo. Busca un método, un camino. Emplea, para hallarlo, su inteligencia. Una inteligencia que es siempre inductiva o deductiva. Emplea su lógica. La racionalidad es su caballo de Troya.

Cuando, finalmente, la esencia de un objeto queda al descubierto, algo ha perdido para siempre el interés. Un aspecto de la realidad ha dejado de ser problemático. La mirada victoriosa del sujeto se vuelve entonces hacia otro rincón de la naturaleza. Concebido como entraña de un objeto, el enigma de la realidad ocupará siempre un espacio, estará siempre en alguna parte, revistiendo la forma de un fenómeno inédito. Para dar con él es indispensable desplazar la mirada con atención. Quien acecha está —así lo cree— al borde de la verdad.

Ubicado el nuevo objeto, recomienza la lucha. El modo en que se manifiesta el actual predominio de la técnica señala, según sabemos, el triunfo abrumador de la subjetividad sobre la objetividad. Ese triunfo indica que habitamos un mundo en el cual no ha preponderado el encuentro. Entendámonos: es así no porque la técnica ha vencido, sino porque es ella sola la que ha vencido. El triunfo del subjetivismo constituye la derrota del hombre. Una de las derrotas del hombre, en cuanto ejemplifica el conjunto de consecuencias a que ha dado lugar una forma determinada de desmesura espiritual: la posesividad.

Para Martín Buber, el vínculo entre sujeto y objeto no puede, pues, ser dialógico. Gabriel Marcel, que coincide con Buber en una serie de cuestiones fundamentales,

tanto epistemológica como antropológicamente, comparte también esta interpretación. Describiendo a la ciencia como saber objetivo o conocimiento de objetos (*Diario Metafísico*), dice de ella que, por eso mismo, «no habla de lo real más que en tercera persona».

Todo lo que puede saberse del hombre en términos objetivos puede ser necesario pero jamás será suficiente. El hombre como persona trasciende el saber que se limita a concebirlo en tales términos. Son, en este sentido, igualmente profundas las coincidencias que, con Buber, tienen tanto Gabriel Marcel como Karl Jaspers. El primero de ellos anota en su *Diario*: «Existe una serie de predicados que puedo atribuirme a mí mismo como me los atribuiría otro: hasta este punto soy un *otro* para mí. Hablo de mí como hablaría cualquiera: pero lo que hay de más profundo en mí se sustrae a ese modo de pensamiento. La libertad, por ejemplo, sólo es concebible en la medida que hay en mí algo que pueda trascender el orden de *él*». Y poco más allá agrega: «Todo juicio que verse sobre mí, versa sobre un *él* que por definición no puede coincidir conmigo; aquél para quien yo soy un *tú* va infinitamente más allá de esos juicios aún adhiriéndose a ellos; al amarme me abre una especie de crédito».

Al respecto acota Karl Jaspers: «Siempre que me hago objeto soy, al mismo tiempo, más que este objeto, a saber: el ser que puede objetivarse de esta manera», (*Razón y existencia*).

El nuestro es el mundo de la técnica invicta. El mundo de los sujetos que saben adueñarse de los objetos, doblegarlos, ponerlos a su disposición. Yo, sujeto, trataré de exponer a Martín Buber, objeto. Hablaré de lo que he logrado arrancarle. Esta exposición no deja de ser, en cierto sentido, la exhibición de un trofeo.

No es ésta, por cierto, la relación que anhelaba con el autor de *Yo y Tú*. Ella parece ser, sin embargo, el ineludible resultado de un contacto preponderantemente subjetivo como el que llegué a entablar. La relación dialógica, transubjetiva y transobjetiva, no puede ser provocada, nunca podrá ser el fruto de una pretensión.

Mientras prosiga moviéndome en el ámbito de la voluntad, que es, por excelencia, el del predominio de la técnica, no obtendré, en mi afán de acercamiento a Buber, otro resultado que aquél que tipifica la relación entre sujeto y objeto. Pese a todo, la pobreza que en el orden de un diálogo auténtico reviste el camino que estoy transitando, posee en sí misma un sentido aleccionador que bien vale la pena no desdeñar. Prosiguiendo mi senda culminará ante las puertas de un mundo de vivencias ontológicamente decisivas. Ese mundo se me hará evidente bajo la forma primordial de un sentimiento de carencia, igualmente sintomático de la proximidad y de la lejanía en que me encuentro con respecto a un estilo de relación con la realidad del cual, por el momento, no conozco más que el nombre: diálogo.

Mi esfuerzo reflexivo constituye un camino. Voy hacia la idea buberiana del fundamento del ser dialógico. La preposición *hacia* señala una dirección e implica, de manera latente, una proveniencia. En cuanto a la meta anhelada, deseo, dije, llegar hasta la idea buberiana del ser dialógico.